

VEKA DUNCAN
EL PODER DE LOS MUSEOS

CARLOS VELÁZQUEZ
LAKERS: ES HORA DEL SHOW

LUIGI AMARA
NUEVO ELOGIO DE LA SOMBRA

ENRIQUE METINIDES (1934-2022)

NÚM. 351 SÁBADO 14.05.22

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

ELON MUSK Y TWITTER: HISTORIA DE UNA OBSESIÓN

NAIEF YEHYA



**LA CABEZA
DE MI PADRE**
ALMA DELIA MURILLO

**LA FONOTECA
DE MONSIVÁIS**
FERNANDO ESLAVA
ALEJANDRA DELGADO

Arte digital > A partir de una imagen en fi.co.kr > Mónica Pérez > **La Razón**

A través de internet, un puñado de megaempresas concentra el interés, las expectativas y buena parte de la vida social, profesional, económica y política, más allá de las fronteras nacionales. Así, en las décadas recientes han prosperado unos cuantos empresarios que desde el ciberespacio hacen sentir y expanden su influencia, con ganancias descomunales. Entre ellos, Elon Musk se propone como gurú de un mundo transfigurado por sus innovaciones tecnológicas, desde autos eléctricos hasta viajes espaciales o cápsulas magnéticas de transporte entre ciudades. También está a punto de consolidarse como dueño de la red social Twitter; las consecuencias prometen estremecer el mundo.



Elon Musk y Twitter LA HISTORIA

DE UNA OBSESIÓN

NAIEF YEHYA

@nyehya

El culto de la riqueza excesiva no es una característica exclusiva de Estados Unidos, sin embargo, como escribió Kurt Vonnegut en su novela *Matadero cinco*: "Todas las demás naciones tienen tradiciones populares de hombres pobres pero extremadamente sabios y virtuosos y por lo tanto más estimables que cualquiera con poder y oro". En su corta historia, Estados Unidos ha construido mitologías a partir de sus multimillonarios, los creadores de inmensas fortunas por la industria del acero, los bienes raíces, los trenes, el robo de ganado, la corrupción, los autos, la especulación financiera, los productos químicos, la comida chatarra, los grandes supermercados, las armas y la industria de la información, por citar algunos campos. Así, nombres como Astor, Rensselaer, Vanderbilt, Rockefeller, Ford, Carnegie, Walton y Gates, entre otros, han pasado a conformar un panteón estadounidense de la opulencia como única expresión del éxito.

LA MITOLOGÍA DEL MILLONARIO

Inflamados por esa obsesión del poder monetario, los ciudadanos de ese país aceptan un sistema que desprecia a los pobres y donde el bien común es entendido como el bien de los poderosos y su generosidad

ocasional hacia los desafortunados. Sólo así puede entenderse que el país más rico del mundo no cuente con seguro de salud universal y gratuito, confunda la caridad cristiana con la justa repartición de la riqueza y ofrezca un mínimo de beneficios y protecciones básicas a los trabajadores.

Debido a esa fascinación con las fortunas obscenas, Trump, quien no es multimillonario pero sabe pretender que lo es, llegó a la presidencia. Y ahora Elon Musk, presuntamente el hombre más rico del mundo, director general de Tesla, SpaceX, Boring Company, Neuralink, Solar City y OpenAI, entre otras compañías, ha pasado a dominar el imaginario colectivo como una especie de fuerza de la naturaleza capaz de transformar al mundo con la ilusión de autos que se conducen a sí mismos, la fantasía de conquistar el espacio, la inquietante propuesta de implantarnos computadoras intracraneales y el delirio de salvar al planeta del cambio global, o por lo menos transportar a algunos afortunados a otros mundos para comenzar de nuevo cuando la vida aquí se vuelva imposible.

El 14 de marzo de 2022, Elon Musk compró un poco más del nueve por ciento de las acciones de Twitter, con lo que se convirtió en el accionista externo

Foto > Isa Yehya

DIRECTORIO

El Cultural
[Suplemento de **La Razón**]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director

@sanquintin_plus

Julia Santibáñez

Editora

@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12



“ELON MUSK ES UN *SHOWMAN*, UN PROVOCADOR, UN TIPO BRILLANTE Y UN *BRO* DEL VALLE DE SILICIO (LA CULTURA *BRO* O CULTURA DE LA HERMANDAD SE REFIERE A UNA IDEA MISÓGINA DEL PRIVILEGIO MASCULINO Y UNA EXTENSIÓN DE LA VIDA DE FRATERNIDAD UNIVERSITARIA)”.

mayoritario de la empresa. Todo indicaba que con eso lo harían miembro de la junta, lo cual parecía su objetivo, debido a que llevaba mucho tiempo exigiendo cambios en la plataforma. Pero él tenía otros planes. Rechazó la oferta y el 14 de abril siguiente ofreció comprar la compañía por 43 mil millones de dólares (\$54.20 por acción, y no es casualidad que haya incluido el número 4.20, que es el código extraoficial para referirse en la cultura popular a fumar marihuana, una cifra que Musk usa constante y puerilmente para hacerse el chistoso). Ofrecía volver a hacer privada a la empresa, y “salvarla como un foro público indispensable... Para ayudar a que Twitter alcance su potencial de ser la plataforma para la libertad de expresión en todo el mundo”.

La decisión con tintes mesiánicos y obsesivos de Musk parecía una más de sus provocaciones, ya que no podía tener motivos económicos (en principio, no a corto plazo), ni mucho menos altruistas —conociendo la historia de este multimillonario—, sino que es una inversión con claras ambiciones políticas, sociales y, de alguna manera amplia, culturales.

MUSK SE HA CREADO UN AURA de genialidad audaz, una reputación de atrevimiento sin escrúpulos, de ingenio transgresor y creatividad incontrolable que lo dibuja como un nuevo Steve Jobs. Gusta de presentarse como alguien que comenzó sin nada y se pagó sus estudios acumulando deuda, hasta que creó su primera empresa de software, Zip2, la cual se vendió en 307 millones de dólares en 1999 (personalmente, él recibió 22 millones). Ese mismo año fundó el banco X.com, que al fusionarse con la compañía Confinity se convirtió en PayPal. En 2002 creó SpaceX y en 2004 se unió a Tesla Motors, de la cual se volvió director general y principal accionista.

A pesar de tropiezos y demoras en sus planes, sus triunfos han sido espectaculares en algunos de los campos tecnológicos más difíciles y competitivos, gracias a ideas revolucionarias, así como a una rigidez y exigencia administrativa extrema.

La imagen del hombre que prosperó y llegó a la cima por su propio esfuerzo y sacrificio ha sido estigmatizada por la historia de que su padre fue propietario de media mina de esmeraldas en Zambia. Esta anécdota, publicada en un solo medio —*Business Insider*—, con una sola fuente —el propio padre de Elon, Errol Musk— y sin confirmación adicional alguna, es en el mejor de los casos extremadamente dudosa. No explica el éxito de quien escapó en 1989 de su Sudáfrica natal a los 17 años, con dos mil dólares en el bolsillo, para evadir el servicio militar (se negó a servir al ejército del *apartheid* y su familia, aunque beneficiaria del régimen blanco, se oponía a ese sistema) y también para alejarse de su padre, a quien detesta y considera un tipo que ha cometido “casi cualquier cosa criminal que puedas imaginar”. La historia de la mina y de falsas afiliaciones con el régimen racista sudafricano ha sido difundida con más mala fe que información o sentido común.

Musk es un *showman*, un provocador, un tipo brillante y un *bro* del Valle de Silicio, Silicon Valley (la cultura *bro* o cultura de la hermandad se refiere a una idea misógina del privilegio masculino y una extensión de la vida de fraternidad universitaria). Pero las mismas razones que le han engendrado un culto obsesivo han dado lugar a su repudio masivo. Ese bagaje resulta polarizante en extremo para alguien que tiene los ojos puestos en controlar un foro de conversación, debate e información.

LOS ANTECEDENTES DE SU TRATO con subalternos y desconocidos dan una

idea de lo que será su dirección de Twitter. Charles Duhigg escribió en diciembre de 2018 un perfil en la revista *Wired* (“Dr. Elon & Mr. Musk”), donde apunta: “Todo mundo en Tesla está en una relación abusiva con Elon”. Ahí se recogen anécdotas de que en sus ataques de rabia y frustración suele despedir empleados por las razones más absurdas: por no responder a sus preguntas como él desea, por caminar muy cerca de él en sus visitas a las plantas, por expresar la menor inconformidad o dudar de sus propuestas.

En 2017, Marcus Vaughn, un empleado de la planta en Fremont, California, denunció que Tesla era “un semillero de comportamiento racista” y que fue despedido por reportar a recursos humanos el acoso de los supervisores. En octubre de 2021, un empleado negro demandó a la empresa por el ambiente de racismo rampante en la planta, y en diciembre del mismo año seis mujeres presentaron demandas por acoso sexual en el trabajo y un ambiente hostil provocado en buena parte por la actitud misógina y los comentarios obscenos de Musk, que establecían el tono de las relaciones laborales.

Este emprendedor afrikáner (que no habla afrikáans) es un enemigo feroz de los sindicatos y no ha dudado en recurrir a amenazas y despidos ante el menor asomo de organización laboral. En 2018, un empleado de Tesla denunció que la empresa hackeaba y espiaba los teléfonos de los empleados. Ese año Musk acusó de pederasta al buzo de cavernas británico, Vernon Unsworth, para descalificar que la estrategia de éste —con el fin de rescatar a un grupo de niños futbolistas atrapado en una caverna en Tailandia— tenía mucho más sentido que la suya, que involucraba un minisubmarino. Unsworth, a su vez, recomendó a Musk insertarse su submarino en donde le doliera más. En sus interacciones habituales en línea, Musk bloquea gente, hostiga y amenaza a sus críticos con demandas. Entre los blancos de sus insultos también están sus competidores multimillonarios y la barriga de Bill Gates.

HABLEMOS DE TWITTER

Ésta es una plataforma de microblogueo (sólo 280 caracteres por mensaje) que fue fundada en 2006 y se volvió una empresa cotizada en la bolsa de valores en 2013. Pero antes que nada es un fetiche, una empresa con peso desproporcionado en la política, los negocios, las esferas sociales y los espectáculos. Sin embargo, como modelo de negocios es y siempre ha sido un fracaso por su propio diseño, y ésa es una de sus principales virtudes. Numerosos políticos, celebridades y expertos son usuarios frecuentes —algunos compulsivos— de Twitter, y varios de ellos se han convertido en el equivalente de los *influencers* periódicos, políticos e ideológicos de la cultura de la era de la red, lo que hace de esta plataforma un factor fundamental para determinar el cauce de la agenda mediática y política. Ser tomado en cuenta en esta red, tener cientos de miles de seguidores, es

considerado un privilegio que puede traducirse en éxito, dinero y contactos. Las propias agencias de noticias son *junkies* de Twitter, al que usan como mecanismo barato y eficaz para mantenerse vigentes las 24 horas de los siete días.

La vida democrática en el planeta, pero en especial en Estados Unidos, da enorme importancia a esta red: a pesar de presentar únicamente la opinión de una minoría de protagonistas mediáticos, existe la ilusión de que tiene un verdadero impacto popular. Cuando un tuit alcanza la viralidad y se retuitea cientos de miles o millones de veces, da la impresión de tocar un tema medular que concierne a la mayoría, pero en realidad tan sólo refleja intereses de grupos minoritarios, activistas y sus bots. Es paradójico que el precio de las acciones de Twitter no haya aumentado notablemente desde su lanzamiento en noviembre de 2013, cuando llegó a casi 45 dólares. Aun con el estrépito causado por el deseo de Musk de comprarla, las acciones subieron hasta 77 dólares en febrero, y luego bajaron otra vez a 47. La realidad es que —en términos de empresas poderosas— Twitter es una baratija, un dragón con un poderoso rugido, capaz de estremecer el mundo de la política, la cultura y el comercio, pero que vale menos de 50 mil millones de dólares. Difícilmente Musk podrá monetizar esta plataforma, pero es imposible saberlo ahora.

Twitter tiene alrededor de 200 millones de usuarios regulares en el mundo y cuenta con una comunidad muy ecléctica, diversa y vociferante. Cada vez que la dirección planea o lleva a cabo un cambio, innumerables usuarios se enfurecen y protestan, por lo tanto es una plataforma muy reacia a los cambios. Es debatible pero Facebook, TikTok e Instagram se mantienen más al día y quizá vitales por sus constantes actualizaciones. Twitter es mucho más barata que Facebook, o bien Meta, que vale cerca de 575 mil millones de dólares, a pesar de haber perdido casi la mitad de su valor el año pasado, y cuenta con 2 mil millones de usuarios. TikTok tiene mil millones de usuarios y está valuada en 250 mil millones.

MUSK INGRESÓ A TWITTER en 2009 y tiene una gran afición por tuitear. Según él, fue ahí donde conoció a la madre de dos de sus hijos, la compositora Claire Bouchet, alias Grimes. Cuando esto se escribe tiene más de 91.7 millones de seguidores. Sin embargo, en un momento de su vida Musk cambió su obsesión de ser famoso en Silicon Valley por serlo en Hollywood. Entonces su enfoque pasó del mundo de la especulación al del espectáculo: ahí comenzó a ejercer su “administración por Twitter”, a divulgar sus humores y caprichos personales y corporativos para ser celebrados por la mayoría de sus seguidores.

Él mismo ha sido el mejor ejemplo del abusador de esa plataforma. Además de insultar a la gente que lo cuestiona, ha divulgado desinformación sobre el Covid-19,

“LA VIDA DEMOCRÁTICA EN EL PLANETA, PERO EN ESPECIAL EN ESTADOS UNIDOS, DA ENORME IMPORTANCIA A ESTA RED, A PESAR DE PRESENTAR ÚNICAMENTE LA OPINIÓN DE UNA MINORÍA DE PROTAGONISTAS MEDIÁTICOS”.

sometió a sus trabajadores a condiciones de riesgo durante la pandemia al negarse a obedecer las órdenes de confinamiento en su fábrica de California, y puso en duda las vacunas. También comparó a Justin Trudeau —el primer ministro canadiense— con Hitler, debido a sus políticas y mandatos para disminuir los contagios. Su visión del mundo queda clara en tuits como aquel en el que aseguraba que Estados Unidos podía bombardear a quien se le diera la gana y cuando se le antojara, o aquel otro en que amenazó con mandar una bomba atómica a Marte. Y más recientemente ha adoptado la verborrea del partido republicano para atacar las “ideas de extrema izquierda” del partido demócrata.

Sus tuits han causado que la bolsa de valores se estremezca, como cuando en 2021 lanzó una encuesta para sondear si debería vender sus acciones. De manera semejante, ha desatado el caos en el mercado de las criptomonedas: por un lado apoya y ha invertido en Bitcoin, por el otro creó un fenómeno de euforia por la criptomoneda dogecoin (creada a partir de un meme). Millones de inversionistas siguen sus tuits como si se tratara de palabras sagradas.

En agosto de 2018, la Comisión de Bolsa y Valores (la SEC, por sus siglas en inglés) le levantó cargos por fraude y le impuso una multa de 20 millones de dólares, luego de su ocurrencia de tuitear que haría de Tesla una empresa privada al comprar todas las acciones a 420 dólares (otra referencia al 20 de abril —4/20, en la notación de calendario inglesa—, fecha en que se celebra fumar marihuana). Un juez determinó que ese tuit irresponsable sobre las acciones de Tesla confundía al mercado y ponía en riesgo a los accionistas de la empresa, por lo que impuso a Musk una “niñera de Twitter” que debe monitorear, revisar y aprobar sus mensajes sobre la empresa, una imposición humillante que hasta

ahora sigue tratando de revocar sin éxito. El empresario aún le guarda profundo resentimiento a la Comisión y en una entrevista en un foro reciente de TED Talks los llamó públicamente “bastardos”. La amenaza inicial de comprar esta red bien pudo ser una forma de vengarse de la SEC. Pero sería en extremo irónico que el propio dueño de Twitter sea uno de sus pocos usuarios que necesita aprobación oficial antes de postear en su red.

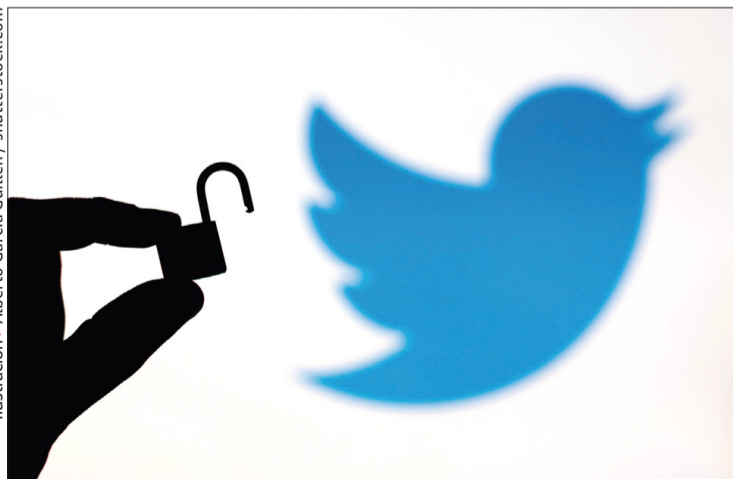
LA ADQUISICIÓN

Pasaron semanas de tensas negociaciones y un intento de Twitter de evitar la apropiación hostil de Musk, mediante un mecanismo bursátil conocido como *la píldora envenenada*, que hace que el precio de compra de una empresa se vuelva demasiado alto para el comprador (una vez que alguien tiene más del 15 por ciento de las acciones, la empresa inunda el mercado con acciones baratas que todos los accionistas pueden comprar, menos el que desea apoderarse de la empresa). Pero una vez que Musk prometió una generosa recompensa en efectivo a los accionistas y demostró tener el financiamiento (21 mil millones de su propio dinero, 13 mil millones de Morgan Stanley y 12.5 mil millones de otras instituciones financieras), entonces la ambición de los accionistas creció: sus principios, de haber existido, se evaporaron y aceptaron la oferta. Jack Dorsey declaró que la compra de la empresa que él cofundó y dirigió hasta noviembre de 2021 era la solución en la que él tenía confianza, lo cual resulta contradictorio para quien antes había dicho que Twitter no debería ser una empresa, “no debería ser propiedad ni estar bajo el control de nadie, sino ser considerada como un bien público”.

Es de imaginarse que Musk dará un giro a la dirección, por lo que es poco probable que el actual director general, Parag Agrawal (a quien Musk ha criticado y satirizado), se conserve en su puesto, por lo que anunció al personal que sus empleos tan sólo están garantizados durante los seis meses posteriores al cierre del acuerdo.

No se sabe si Musk, quien ha presumido que tuitea desde el excusado, la dirigirá personalmente, pero ha asegurado que transformará a esta empresa (que al volver a ser privada no tendrá que responder a una junta de accionistas ni a presiones externas). El rango de las promesas va de lo ambiguo, como decir que hará cambios determinantes para “desencadenar el potencial de Twitter al permitir toda forma de expresión legal”, hasta la caricatura: convertir sus instalaciones en un refugio de personas sin hogar, pasando por imposiciones polémicas que han sido discutidas por años, como añadir el proverbial botón para editar tuits. Piensa valerse de mecanismos similares a los tokens no fungibles (NFT) para autenticar a los humanos, eliminar a los bots (lo cual es absurdo, ya que existen muchos tipos de bot, algunos de ellos útiles y necesarios como los anuncios de

Ilustración > Alberto García Guillén / Shutterstock.com



terremotos, los asistentes personales y muchos más) y así hacer esta red “máximamente confiable y ampliamente inclusiva”. Es probable que imponga tarifas a los usuarios comerciales y gubernamentales, que promueva programas de suscripciones, que ofrezca incentivos y recompensas a los usuarios más fieles.

EL PROBLEMA MÁS PERTURBADOR en la inminente toma de control de Musk es su afirmación de ser un “absolutista de la libertad de expresión”, lo cual definió hace poco como: “Alguien que no te cae bien puede decir algo que no te guste”. Ha declarado que “Twitter es el ágora digital donde se debaten asuntos vitales para el futuro de la humanidad”, y que “la libertad de expresión es la base de una democracia funcional”. Sin embargo, ha traicionado esta supuesta fe en numerosas ocasiones, como cuando exigió al gobierno de Beijing silenciar a sus críticos en China, que se quejaban por las fallas de los frenos en los autos Tesla. También ha respondido con agresividad a reporteros que critican sus autos o prácticas empresariales, a veces incitando a sus *fanboys* a linchar a sus antagonistas. Un ejemplo son los ataques que ha lanzado contra la reportera Linette López, del *Business Insider*, que rayan en la difamación, emblemáticos de sus rabietas y misoginia.

Musk ha criticado las prácticas de moderación de Twitter, desde la censura a ciertos temas para evitar la difusión de ideas peligrosas o discriminatorias hasta las suspensiones o expulsiones de ciertos usuarios. Ha anunciado que permitirá a Trump regresar a Twitter si así lo desea. De manera que las múltiples incitaciones a la violencia de las que es responsable el expresidente no le parecen motivo suficiente para su expulsión definitiva e irrevocable. También declaró que Twitter, como cualquier otro foro, está regulado por las leyes del país donde opera. Por lo tanto, en Estados Unidos sólo deberá regirse por la Primera enmienda, que protege la expresión en un sentido muy amplio y no condena ni el racismo ni el sexismo ni ninguna forma de segregación. Las estrategias impuestas por esa plataforma, las cuales sin duda han sido erráticas, inconsistentes y en ocasiones injustas, tratan de mantener una atmósfera de civilidad y respeto básico. Es legítimo cuestionar su validez o efectividad, ya que aún con estas reglas es extremadamente común la agresividad y toxicidad de muchos intercambios. Es fácil imaginar que, de no existir dichas estrategias, se multiplicarían los abusos, la proliferación de mentiras, los llamados a la violencia y las campañas de odio.

Censurar es negar el acceso al público a cierto tipo de información o material bajo la excusa de que puede ser peligroso. Así ha sido con lo que se califica como pornografía y, más recientemente, con las teorías conspiratorias que pueden ser perjudiciales para la sociedad al difundir mentiras o ideas incendiarias. La libertad absoluta de información no existe, así como es imposible que todo mundo



Ilustración > shutterstock.com

“MUSK HA CRITICADO LAS PRÁCTICAS DE MODERACIÓN DE TWITTER, DESDE LA CENSURA A CIERTOS TEMAS PARA EVITAR LA DIFUSIÓN DE IDEAS DISCRIMINATORIAS HASTA LAS EXPULSIONES DE CIERTOS USUARIOS. HA ANUNCIADO QUE PERMITIRÁ A TRUMP REGRESAR A TWITTER”.

tenga acceso a cualquier tipo de información confidencial. Es claro que en nombre de proteger al público se tiende a mantenerlo en la ignorancia, pero es muy distinto imponer reglas básicas de convivencia y tolerancia que protejan a las personas más vulnerables de ataques, extorsiones, engaños y marginación. Musk no necesita ser protegido, como muchas y muchos usuarios comunes lo requieren por sus ideas, apariencia, afiliaciones y a veces sólo por ser mujeres o pertenecer a minorías. Contar con los mecanismos para prevenir los linchamientos en línea y otras formas de acoso no es lo mismo que censurar.

GANANCIAS COLATERALES

Musk ha sabido maniobrar para que sus empresas se beneficien mutuamente, tanto de sus logros como de sus aparentes fracasos. Es de esperarse que Twitter no será la excepción y que sabrá usarlo para manipular los mercados, la opinión pública y los gobiernos en favor de sus intereses. La inmensa fortuna del empresario, de 249 mil millones de dólares, está en gran medida invertida en Tesla (él es dueño del 23 por ciento de las acciones), de modo que su riqueza depende principalmente de vender coches. No obstante, ha anunciado que su objetivo es resolver el problema del tráfico. Hace nueve años lanzó la propuesta del Hyperloop, que haría que la gente se transportara en cápsulas magnéticas a través de túneles entre ciudades, a velocidades de 1,200 kilómetros por hora. Por un lado, la seducción de esta propuesta ha hecho que se pierda interés en nuevos trenes bala, y mientras se desarrolla esta tecnología él sigue vendiendo coches y las carreteras tienen cada vez más tráfico. Por otro lado, estas cápsulas tan sólo podrían transportar —en el mejor de los casos— a unas cuarenta personas a la vez, a un costo muy alto, en vez de miles a bordo de trenes. Y esto

sin contar el problema de someter a seres humanos a ese tipo de velocidades y presión.

Este sistema de transporte, así como sus naves espaciales, reflejan una visión elitista que resulta insostenible, costosa y sin duda antisocial. Sus estrategias para crear transporte público son ineficientes, ridículamente caras y en algunos casos inoperantes o irrealizables, sin embargo son un gran recurso para mantener al público distraído e ilusionado, y a los gobiernos financiando y subsidiando proyectos que tal vez no concluirán nunca o beneficiarán a muy pocos. Supuestamente, Musk está preocupado por las energías limpias y por el cambio climático, sin embargo sus cohetes producen cantidades astronómicas de dióxido de carbono y su jet privado contribuye con numerosas toneladas de esa sustancia en sus frecuentes vuelos. A esto debemos sumar el impacto ambiental de la fabricación de baterías y la generación de electricidad. Musk ha declarado muchas veces estar en contra de los subsidios gubernamentales y de toda intromisión del Estado para controlar la economía. Sin embargo, ha recibido por lo menos 4.9 mil millones de dólares en subsidios, préstamos gubernamentales, contratos y créditos fiscales hasta 2015 y muchos más a partir de entonces.

El narcisismo de Musk es la primera razón para rechazar su control de Twitter, pero la realidad es que este megamillonario es producto de una economía desenfrenada, un sistema financiero que opera como casino y un consumismo frenético. El hecho de que Musk sea dueño de Twitter, Jeff Bezos del *Washington Post* y Mark Zuckerberg de Meta, son ejemplos de que la ilusión de la libertad de expresión se ha vuelto un slogan de archimillonarios fatuos con un poder inagotable para manipular a sus clientelas y usuarios. ■

La ausencia de figura paterna ha dotado la literatura de obras referenciales, de Hamlet a Carta al padre, La invención de la soledad y La muerte del padre, hasta Pedro Páramo o El olvido que seremos. Alma Delia Murillo, narradora y columnista, incursiona en ese registro con su libro más personal, el más poderoso hasta ahora: La cabeza de mi padre, del que ofrecemos un adelanto. En él explica su historia desde aquella carencia, además de reflexionar sobre el México actual. En breve estará en librerías bajo el sello Alfaguara.

LA CABEZA DE MI PADRE

ALMA DELIA MURILLO

@AlmaDeliaMC

I. SIN MAPA

Esta vez tengo más miedo que otras. No será la primera que me enfrente a la página en blanco y sus abismos, sus atentados contra la autoestima, su ridícula neurosis y sus pozos de sequía. Pero tengo que empezar admitiendo que estoy aterrada.

Tengo miedo porque no llevo mapa, ni guía, ni estrategia narrativa. Me subo a esta historia como aquella mañana de diciembre de 2016 me subí a una camioneta roja para buscar a mi padre sin otra cosa que una foto vieja de su hermano.

Disculpe, ¿ha visto usted a este hombre?

Escribo para contar una historia, para contar el relato de la historia. O eso me digo.

Pero también es verdad —una verdad más profunda—, que escribo para soltar el peso de cuarenta años rumiando el mito de mi padre, las infinitas versiones de mi padre, su ausencia, su presencia, su nombre, su abandono, su pañuelo rojo como la camioneta aquella con la que atravesamos las carreteras de Michoacán buscándolo después de treinta años de no verlo.

Escribo para soltar el dolor del pasado y la angustia del futuro. Escribo para encontrar a mi padre.

Perdone, ¿reconoce usted a este hombre?

Así que vine a La Mira porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Porfirio Murillo.

Quería evitar el referente pero no tiene caso, me atrevo a decir que en este país todos somos hijos de Pedro Páramo.

Fue también mi madre, como la de Juan Preciado, quien me dijo que mi padre vivía en La Mira, un pueblo en el municipio de Lázaro Cárdenas, Michoacán.

Lázaro Cárdenas es zona portuaria, zona de carga y descarga, legal o ilegal. *Visit Mexico*. Cómo no.

Sonríe cuando leo "Siete cosas que hacer en Lázaro Cárdenas, Michoacán" en las páginas web de turismo mexicano.

Puedo listar perfectamente las siete cosas que hacer en esa zona que además es frontera con Guerrero. Aquí van: la primera es sobrevivir a la pobreza, la segunda es sobrevivir al hambre, la tercera es sobrevivir a la falta de servicios de salud, la cuarta es sobrevivir a la falta de oportunidades, la quinta es sobrevivir a la guerra criminal por el control del aguacate, la sexta es sobrevivir a la falta de educación, la séptima es sobrevivir al narco. Ahí tienen, los siete caballos del apocalipsis de los que tanto hablaba mi abuela —también michoacana.

Ay. Dije narco, y yo que no quería. Y la industria editorial que no quiere. Y la industria del entretenimiento que no quiere. Y la corrección política que tampoco. Que ya nadie quiere hablar del narco, que eso era antes.

Pero ésta no es una novela sobre el narco, no. Sé que no es así por más bromas bélicas *on the road* que me fui contando mientras recorríamos los caminos a veces verdes y otras polvosos, al reparar en la impronunciable lista... de los nombres de los pueblos michoacanos: *Visit Mexico*, en Angamacutiro te pueden secuestrar, en Anganguero te pueden asaltar, en Carácuaro pueden confiscar tus bienes, en Copándaro pueden incendiar tu casa, en Chucándiro te pueden violar, en Churintzio te pueden matar, en Churumuco te pueden desaparecer... pero yo te traigo en La Mira, papá.

Porfirio Murillo Carrillo. Ése es su nombre completo. Era. Es. Es en tiempo presente, más presente que nunca.

Porfirio viene de purpúreo, es romano, quienes llevaban la túnica de ese color eran poderosos y adinerados pues el pigmento venía de un molusco, la producción era escasa y cara. Púrpura y oro se convirtieron en los colores para detentar el poder en Roma, incluso fueron los colores del emperador.

Me detengo. Dudo si seré capaz de escribir esta historia a la altura y en las profundidades que merece. Estoy nerviosa. Muero de miedo, muero de amor. Me digo que tengo que regresar a contar cómo empezó todo. Cuenta

cómo empezó todo, mujer, que no el principio; el principio no puedes escribirlo. Quién sabe si alguien pueda escribir el principio de alguna cosa.

Vamos a ver si puedo contar esta historia.

Era noviembre, unos cuarenta días antes de subir a la camioneta para emprender ese viaje. Desperté temprano y con la imagen de un búho que había visto durante el sueño.

Una de esas mañanas en que te levantas con ácido en el pecho, una legión de insectos que llevan ansiedad pegajosa entre las patas y que marchan al interior de tus arterias.

Como si sobre mi cabeza se hubiera posado no una nube gris, sino una hiriente de tan luminosa y blanca mandando un mensaje que no podía dejar de repetirme: mi padre va a morir.

Le queda poco tiempo.

Va a morir y no lo conozco, lo he visto una vez en mi vida, podría toparme con él ahora mismo en la calle y no saber quién es.

Había vivido sorteando el tema, negándolo, inventándolo o asesinando a mi antojo y así había llegado a la cima de mis treinta. La psique había encontrado modos para darle la vuelta aun en el consultorio de mi analista. Desde muy pequeña había aprendido a imitar a mis hermanos que ponían "Finado" en cada formulario escolar que pedía el nombre del padre; como yo no entendía pero intuía que debía sumarme al mito familiar, escribía "Refinado" en esos mismos formularios hasta que una de mis hermanas me corrigió el prefijo y me dijo que finado quiere decir muerto. Ah. Y yo que creía que tenía un padre muy elegante.

Elegante y refinado, purpúreo.

Finado. Finito. Terminado.

Pero aquello era una mentira familiar que mis hermanos y yo nos contábamos porque es más digno tener un padre muerto que un padre que no te quiere, y duele menos.

Era más fácil asumir que el destino había sido maldito dejándonos sin padre a revelar que el maldito era mi padre que nos abandonaba. Calma. Que no es así, no tan simple. Pero cómo





Hugo Simberg, *El jardín de la muerte*, acuarela y gouache, 1896.

negar que en este país, casi la mitad de los hogares viven sin el papá que un día fue por cigarros y no volvió. Millones de mexicanos y de mexicanas crecimos así. ¿Cuántos serán como yo hijos de aquel padre “refinado”?

Mi casa tenía algo de Comala porque, aunque la narración oficial daba por muerto a mi padre, de vez en cuando recibíamos noticias de él, de vez en cuando mi madre contaba que la había buscado, alguna vez ella misma fue a verlo. O sea que estaba muerto pero hablaba y todo. Y bebía, mucho. He ahí el quid de la cuestión: un padre alcohólico.

Un padre hinchado de aguardiente. El hecho es que aquel noviembre de 2016 yo estaba intentando un proceso de adopción como madre soltera. Sí, mi hogar sería parte de la estadística de mexicanos sin padre.

Quería un hijo y no tenía pareja y mi edad reproductiva ya no era la mejor para buscar y esperar un hijo biológico. Pero el deseo era grande, poderoso. Así que me puse a intentar el camino de la adopción.

Y como las dos puntas de la madeja siempre tienden a tocarse porque son un mismo hilo por más que tratemos de cortarlo, aquello del hijo me llevó inexorablemente al padre.

¿Cómo voy a tener una hija o un hijo sin poderle contar siquiera quién es su abuelo?, ¿qué relato familiar voy a hacerle a esa cría?

Todos escribimos la novela de nosotros mismos. Y yo quería que mi novela tuviera un padre y que ese hijo deseado tuviera un abuelo. Sí, señor.

Todos escribimos la novela para terminar el relato que nos contaron a medias los que nos dieron origen, o al menos lo intentamos.

¿Pero por qué somos tantos los mexicanos buscando al padre?

Más allá de la estadística yo puedo repasar en un pestañeo la historia de mis amigos Juan Preciado y mis amigas Juana Preciado. Son muchos.

Mi amiga R tiene treinta y dos años y no ha visto a su padre una sola vez en su vida, aunque sabe quién es, cómo se apellida —tiene un apellido importante en la política mexicana—, ha husmeado en su página de Facebook, incluso se atrevió a buscarlo. Recibió silencio a cambio.

C sigue sin saber quién es su padre a pesar de que ha intentado conectar

con él desde hace una década. Ha interrogado a tías y tíos para que le den pistas, datos, algo.

Mi sobrina sabe quién es su padre y tuvo contacto con él pero se cansó de sus promesas, de esperarlo, de que le dijera que estaría por ella tal día en tal evento y eso nunca sucediera.

F consiguió el contacto de WhatsApp de su papá y no se ha atrevido a escribirle pero recurrentemente mira su perfil para ver si está conectado o ha cambiado la foto que ella le roba para así tener algo parecido a un álbum familiar donde aparezca su papá, un álbum familiar que va conformando siendo stalker de su propio padre que no quiere saber nada de ella.

Mi amigo A dejó de ver a su padre más de una década y volvió a encontrarlo cuando le avisaron que había muerto de una congestión alcohólica.

Apostaría con el Diablo que muchos de quienes me leen ahora mismo están haciendo su propio relato, el del padre ausente, desconocido, mitificado.

Lo digo porque la ausencia también tiene datos.

Según el relato de los números oficiales, en México hay doce millones de hogares sin padre.

Unos veintiséis millones de hijos sin padre.

Un ejército de Juanes y Juanas Preciado. Algunos lo estarán buscando, otros no. Puedo entender bien la elección del carpetazo: abandonar también a quien abandonó primero, si tú no me quieres pues yo a ti tampoco.

Pero yo busco, yo soy de las que buscan. Tengo la maldición, qué le voy a hacer.

II. ANTICIPAR LA MUERTE

Mi padre va a morir. Empecé a ver el presagio por todos lados, a convenirme de que tenía que hacer algo.

Vayan ustedes a saber por qué, pero a menudo anticipo la muerte. Cuando mi abuela iba a morir, la soñé, venía a mí con dos monedas de plata sobre los ojos, yo sabía que estaba haciendo el viaje al otro mundo. Murió a la mañana siguiente.

Una noche antes de que mi amigo Ramón muriera, soñé que se había casado con mi madre. Desperté en la madrugada y pensé que ese rito no era nupcial sino mortuorio, eran las ocho de la mañana cuando recibí la llamada que confirmó su muerte. Y así tantas veces. Me asusta. No les cuento a mis amigos cuando sueño lo que sueño porque cuatro veces he anticipado la muerte de sus padres y abuelos. Es jodido pero es así. No miento. No sé quién podría mentir con esto.

Si la vida es sueño, la muerte también. Por qué habría de ser diferente.

“EN MÉXICO HAY DOCE MILLONES DE HOGARES SIN PADRE.

UNOS VEINTISÉIS MILLONES DE HIJOS SIN PADRE. UN EJÉRCITO DE JUANES Y JUANAS PRECIADO”.

Así que el sueño de mi padre me inquietó en lo más hondo.

Entonces hice lo que suelo hacer para controlar el pánico: me senté a escribir.

Faltaban muchos días antes de ver a mi terapeuta y vivía sola, no tenía con quién desahogar la necesidad de hablarlo, a quién hacer ese relato matutino del sueño cuando todavía está reverberando en la consciencia. Mis interlocutores naturales habrían sido mis hermanos pero no estaba lista para contarles mi disparate: hola, fíjate que amanecí con la certeza de que va a morir nuestro padre, vamos a buscarlo a la punta del carajo en Michoacán a ver si damos con él, sólo porque yo no soporto la idea de tener un hijo sin abuelo o de que Porfirio se muera sin antes ir a buscarlo.

No.

Escribe, dice la voz del inquilino que me habita y que me regala distancia para mirar a través de ella.

Y escribí una carta:

Papá, ¿te digo papá o te digo padre o te llamo por tu nombre?

Ni siquiera sé cómo comenzar. Voy a cumplir cuarenta años, y es la primera vez que escribo este vocativo.

No te conozco, no sé el color de tu piel, la forma de tu mirada, tu estatura, tu peso, tus manos, tu voz. No sé nada de ti. Y sin embargo soy tú.

Intento recordar algo pero esa pequeña de siete años que te vio alguna vez no me devuelve nada. La memoria está vacía. No hay datos. O no los suficientes.

No te conozco y he pasado por tanto contigo. Quizá la vergüenza fue lo primero, esa sentencia que el mundo intenta normalizar pero que sabe a vinagre en el paladar de una niña: no tengo papá.

He pensado muchas veces que soy hija de mi padre. Lo he pensado en secreto, sé que algo en mi personalidad responde a la demanda imaginaria de un padre que espera mucho de mí: que sea trabajadora, fuerte, atlética, valiente, resolutiva. Como si buscara tu mirada, tu aprobación, un diploma otorgado por ti que constatará que lo hice bien, que mi lado Padre está bien ejecutado.

¿Quién eres? ¿Cómo fue tu vida? ¿Cómo es ahora? ¿Qué te gusta comer? ¿Cantas? ¿Cuáles canciones? ¿Te gusta el café tan caliente como a mis hermanos y a mí? ¿Tomas la sopa hirviendo hasta quemarte la lengua? ¿Eres como nosotros?

Soy tu hija menor. Y escribo, o eso pretendo. Tal vez tu ausencia me dio la primera palabra de todas las historias que quiero contar.

Dicen que me parezco a tu madre. ¿Dirías lo mismo si me vieras? ¿Querías decir algo?

Ahí estaba yo, componiendo el relato. Escribiendo la novela de mi padre. Bajando al Hades para convertir la ausencia de mi padre en una Perséfone rescatada que al menos la mitad del año convierte la tierra en primavera. Escribiendo para mutar su debilidad y su abandono en regalo. Para liberarme. ■

¿Qué empuja a un persona a vaciar los bolsillos para conformar un grupo de objetos sobre el cual ejerce alguna curaduría, pero que en el fondo gobierna el azar? Carlos Monsiváis —cuya hemeroteca visitamos en **El Cultural** 347— declaró que el afán del coleccionista implica una aventura existencial: su recompensa es “precisar lo que aún no consigue”. Ahora abordamos su pasión fonográfica, búsqueda y placer que lo llevaron a reunir discos de todo cuño, en una ruta que sin duda enriqueció la mirada del cronista y ensayista.

LA COLECCIÓN FONOGRAFICA DE CARLOS MONSIVÁIS

FERNANDO ESLAVA ◦ ALEJANDRA DELGADO

Hoy me rentaron el nirvana. Conseguí el segundo disco de Jefferson Airplane... Hoy me hundí en el abismo. Estaba rayadísimo el disco de Uriah Heep...

CARLOS MONSIVÁIS

Walter Benjamin afirmó en su *Libro de los Pasajes* que, para un coleccionista auténtico, “cada cosa particular se convierte en una enciclopedia que contiene toda la ciencia de la época, del pasaje, de la industria y del propietario de quien proviene”.² Coleccionar es una forma de recuperar las historias resguardadas en los objetos. Responde al deseo de transformar en materia lo recordado, lo imaginado y lo conocido; de almacenar, en cada artículo, parte de la memoria del mundo.

UN COLECCIONISTA ES UN OBSESO que lucha constantemente contra el olvido. Y, como el cazador, su quehacer se basa en el acecho; la búsqueda incesante de la rareza, el ejemplar inconseguible y el hallazgo inesperado. En su cacería recupera, uno a uno, los elementos que darán cuenta del particular universo de sus preferencias e intereses personales. Aunque, claro, el criterio bajo el que se forma una colección va más allá del mero gusto individual. El proceso de selección para crearla constituye, en sí mismo, un ejercicio curatorial, una suerte de lectura material de la realidad. A final de cuentas, nadie puede escapar de su espacio y su tiempo; es imposible eludir los gustos e inclinaciones de la comunidad a la que se pertenece (las preferencias personales, en efecto, sólo se erigen al interior de los límites espaciales y temporales de una estructura social).

A un buen coleccionista le obsesiona conseguir el objeto que no tiene aún. No puede evitarlo. Carlos Monsiváis es un ejemplo de ello. Muchas veces expresó a sus amigos la aflicción que le generaba el asunto, e incluso, en algún momento, declaró que el coleccionista es “un aventurero existencial, que mide su vida por hallazgos y decepciones”, que “no descansa hasta cerciorarse de su infelicidad”

“EN ENTREVISTA CONFESÓ: ‘SOY COLECCIONISTA DE LO QUE PUEDO, DE TODO LO QUE ESTÁ AL ALCANCE DE MI CAPACIDAD ADQUISITIVA. SOY COLECCIONISTA DE RITOS, DE GUSTOS’”

pues “su verdadera recompensa es la tortura de precisar lo que aún no consigue”.³ Gran parte de su vida, Monsiváis estuvo inmerso en la aventura de buscar artículos coleccionables. Durante décadas se dedicó a integrar una “colección de colecciones”, en la que artesanías, fotografías, grabados y piezas de arte popular convivieron con otros objetos. En una entrevista que le hizo Carlos Payán confesó: “Soy coleccionista de lo que puedo, de todo lo que está al alcance de mi capacidad adquisitiva. Soy coleccionista de ritos, de gustos, de manías, de fetichismos. De pronto se te vuelve inevitable”.⁴

En su colección de colecciones hay una variada selección de fonogramas de distintas épocas. Hablamos de grandes obras de concierto, de jazz, de blues y de góspel, de música popular mexicana y latinoamericana: incluye un amplio catálogo de canciones rancheras, corridos, boleros, danzones, habaneras, porros, pasillos, tangos y otros géneros musicales que estuvieron de moda a lo largo de las primeras seis décadas del siglo pasado. Desfilan por ahí Pedro Infante, Toña la Negra, Juan Arvizu, Libertad Lamarque, Pilar

Arcos, Daniel Santos o Carlos Gardel; figuran los más entrañables músicos, autores y compositores de México: entre otros, Agustín Lara, Guty Cárdenas, Eduardo Vigil y Robles, Wello Rivas, Cuco Sánchez, Gabriel Ruiz, José Antonio Zorrilla “Monís”, Ricardo López Méndez y Mario Talavera. Pero, claro, crítico de un tiempo extenso, no le pasaron desapercibidas las célebres figuras de Juan Gabriel, José José o Los Tigres del Norte, ni tampoco agrupaciones contemporáneas de ska, rock y otras músicas que se asocian a los jóvenes.

ERA UN AMANTE IRREDIMIBLE de la música popular. La conocía bien y gozaba de ella en sentido amplio: el disfrute de un disco no se limitaba a su escucha; siempre se trató de una experiencia compleja. Monsiváis sabía que en las abstracciones frenéticas del tiempo que almacena ese objeto redondo encontraría la huella de las transformaciones históricas, culturales y sociales de México. Entendía que, al recopilar y analizar el legado material de las prácticas locales de consumo musical, podría dar cuenta de las tradiciones vigentes o caducas, de las ideologías en boga o de los cambios en el pensamiento de la sociedad mexicana. Su afán de coleccionar materiales fonográficos constituyó una manera más de atestiguar y entender la caótica realidad del país.

Desde luego, su colección significó un subconjunto y no la totalidad del vasto universo aural en el que navegó. La experiencia sensorial que viviría a través de los sonidos se completaría gracias a programas de radio, películas y espectáculos musicales en vivo que lo sedujeron. No obstante, dicha muestra, que reúne más de 5 mil 600 fonogramas, a la vez que fuente de goces y disgustos, fue una importante herramienta sociológica para él; una ventana desde la que observaría los diversos rostros de la polifacética identidad nacional.

Le encantaba exhumar auralidades caducas. Pero, sobre todo, era un melómano que trashumaba escudriñando minuciosamente los tesoros de

Foto > Alejandra Delgado



los templos de la tradición, la contracultura, el reciclaje y hasta el consumo exacerbado. Forjó su colección de discos analógicos, casetes y CDs a través de visitas sabatinas al mercado de La Lagunilla o al tianguis del Chopo, de paradas frecuentes en tiendas o bazares de segunda mano, de encuentros con otros coleccionistas y con vendedores de reliquias y, además, de una que otra vuelta a Tower Records y Mixup. Aunque su acervo también es testimonio de las muestras de cariño y admiración que amigos, familiares y artistas le procuraban. Por ejemplo, Judith Reyes, la cantante y compositora tamaulipeca que cambió las cabinas de radio más prestigiosas del país por las luchas sociales y los *cánticos proletarios*, le obsequió, firma y dedicatoria incluida, algunos de los LPs que grabó.

Tal parece que Monsiváis nunca sació su obsesión como coleccionista de fonogramas. Quizá intentaba cerciorarse de no verla satisfecha para así alcanzar la *verdadera recompensa* que anhela todo cazador de territorios de memoria: “la tortura de precisar lo que aún no consigue”. Su colección no se caracteriza por contener los materiales más antiguos, ni los audios más difíciles de adquirir, o las obras de los autores, compositores e intérpretes más desconocidos. Lo cierto es que logró extraer, como ha referido Jezreel Salazar, “tradiciones valiosas que en su conjunto propician una suerte de herencia colectiva crítica”.⁵ Ahí tenía otra razón para torturarse coleccionando lo más común: las músicas de mayor difusión, las más cotidianas.

La escucha fue un bastimento de palabras para Monsiváis. Escribió ensayos y crónicas, y habló tanto en radio como en televisión sobre autores y compositores como Juan Gabriel.⁶ Antes debió de encontrarse con las canciones de los 23 discos que conservaba del Divo de Juárez (cantadas por el propio Alberto Aguilera o por Lola Beltrán, Lucha Villa, Rocío Dúrcal o La Prieta Linda). Fue invitado de honor en homenajes como el que le hicieron a Pedro Infante para conmemorar sesenta años de su fallecimiento, pues en 2008 había publicado el libro *Pedro Infante: Las leyes del querer*, un examen sociológico disfrazado de biografía, en el que se puede apreciar que crónica histórica y apreciación cinematográfica convergen con el análisis musical que hizo utilizando los 34 discos que tenía del Rey de las Rancheras.⁷

SU SEGUNDA RECOPIACIÓN de crónicas, *Amor perdido*, obra homónima del famoso bolero del puertorriqueño Pedro Flores, es otra evidencia de ello. Más que sólo un título, en el libro la pieza funciona como una metáfora de la vida nacional. En él analiza una parte de la historia en torno al intento fallido de alcanzar la modernidad y la democracia en México, extrayendo recursos retóricos de diversos fragmentos de ésta y otras composiciones, y de algunos personajes de la música popular mexicana: de José Alfredo Jiménez a Irma Serrano o Isela Vega.

Las voces que emanaban de su tocadiscos encarnaron una generación de



Fuente > thevinyfactory.com

genealogías históricas, en la que Agustín Lara era “una aparición necesaria”, un “medio de ebullición”. Más de cincuenta LPs de El Flaco de Oro: una contradicción aparente; la herencia del romanticismo decimonónico que es *soundtrack* de una nueva sociedad urbana que lucha por alejarse del provincialismo propio del México anterior a la Revolución. Entre “La ramera” de Manuel Acuña y la “Pecadora” del *Músico Poeta*, Monsiváis vio una tradición lírica a partir de la cual se configuró parte del imaginario nacional del siglo XX: el espacio urbano, la vida nocturna, arquetipos como el de la prostituta santa, entre otros tópicos de representación.⁸ La obra de José Alfredo: “vivi-ficación de esquemas de conducta”. La producción discográfica de *El Rey* pasó debajo de la lupa del escritor: “bohemia, disipaciones, amor sin límite, pasión sin esperanza”. Jiménez era “el ideólogo de las masas”.⁹

Por si fuera poco, el crítico además incursionó como autor de canciones con el grupo Los Tepetates, siempre con el excepcional sentido del humor y la inteligencia que le conocimos. Éstos son algunos ejemplos de cómo la diversidad de sus incursiones en el ámbito cultural puede verse reflejada en el material que alberga su colección fonográfica o, expresado en otros términos, de cómo el coleccionismo era una antesala de su labor como crítico y cronista.

Queda claro que, en su práctica como lector de la cultura, encontró en la compulsión acumuladora una fuerza crítica: la selección y adquisición de cada fonograma que integró a su acervo era ejecutada con el fin de que tradiciones y momentos culturales dialogaran en función de un trabajo intelectual. Y es que, como él mismo dijo: “Aisladas, las piezas [de una colección] tienen un valor con frecuencia impresionante, pero únicamente sus mezclas o, como se dice ahora, sus interacciones, les otorgan la otra dimensión específica, la de pertenecer a una tradición o inaugurarla”.¹⁰

En este tiempo en el que lo desecharse y la obsolescencia programada predominan, el lugar de los objetos de conmemoración y recreación

“FORJÓ SU COLECCIÓN DE DISCOS ANALÓGICOS, CASSETES Y CDS A TRAVÉS DE VISITAS AL MERCADO DE LA LAGUNILLA O AL CHOPO, EN TIENDAS DE SEGUNDA MANO”.

del pasado se ha vuelto incierto. El avance tecnológico que supone el MP3, YouTube, Spotify y otras plataformas de *streaming* ha afectado la producción de esos objetos dentro del campo sonoro: no sólo las prácticas de escucha se han transformado, sino que la caducidad de los soportes físicos de los contenidos de audio ha ido en ascenso. A pesar de que el acceso a la información se ha incrementado de modo exponencial —y de que el reciente resurgimiento de los discos de vinilo se sustente retóricamente en el intento de restarle fuerza a lo digital—, la memoria parece ser cada vez más vulnerable y menos significativa.

Ante este fenómeno ineludible, la tarea de las instituciones responsables de la preservación del patrimonio histórico es clave. Afortunadamente, desde junio de 2019 la colección fonográfica de Carlos Monsiváis se halla resguardada en las bóvedas de la Fonoteca Nacional de México. Hoy este corpus documental, que descansa al lado de los otros 245 acervos sonoros que preserva la institución, espera tener otra vez la oportunidad de ser un vehículo de conmemoración, de reflexión y generación de conocimiento, de convertirse nuevamente en un medio que ayude a entender el pasado y que, sobre todo, sirva en el propósito de comprender cuál es nuestro lugar en el presente. □

NOTAS

¹ Carlos Monsiváis, “La hora del consumo alternativo. El tianguis del Chopo”, en *Los rituales del caos*, Era, México, 2001, p. 120.

² Walter Benjamin, *Libro de los pasajes*, Akal, Madrid, 2005, p. 223.

³ Carlos Monsiváis, *loc. cit.*, p. 120.

⁴ Citado por Jezreel Salazar, “Monsiváis: Voyerismo moral y pasión coleccionista”, en *Textos Híbridos. Revista de estudios sobre la crónica latinoamericana*, vol. 1, núm. 1, junio, 2011, p. 68.

⁵ Jezreel Salazar, “El coleccionismo como historia cultural”, en *Taller de Letras*, núm. 50, Facultad de Letras de la Pontificia Universidad de Chile, Santiago, primer semestre 2012, p. 279.

⁶ Carlos Monsiváis, “Instituciones: Juan Gabriel”, en *Escenas de pudor y liviandad*, Grijalbo, México, 2002, pp. 279-299.

⁷ Carlos Monsiváis, *Pedro Infante: Las leyes del querer*, Santillana / Raya en el Agua, México, 2008.

⁸ Carlos Monsiváis, *Amor perdido*, Era, México, 1977.

⁹ Carlos Monsiváis, prólogo a *Cancionero completo de José Alfredo Jiménez*, Océano / Turner, México, 2007, p. 16.

¹⁰ Carlos Monsiváis, “El Museo del Estanquillo”, en *Taller de Letras*, núm. 50, Facultad de Letras de la Pontificia Universidad de Chile, Santiago, primer semestre 2012, pp. 27.

ALEJANDRA DELGADO (Ciudad de México, 1985) es docente, investigadora y artista visual. Su obra se ha exhibido en el MUAC de la UNAM y en la Universidad Politécnica de Valencia. Desde 2020 es coordinadora de los Catálogos de Radio y Literatura de la Fonoteca Nacional de México.

FERNANDO ESLAVA (Ciudad de México, 1982), historiador y músico, ha dado recitales en el Palacio de Bellas Artes, el Museo Nacional de Arte y la FIL Guadalajara. Desde 2019 es investigador y coordinador del Catálogo de Música Popular Mexicana de la Fonoteca Nacional de México.

AL MARGEN

Por
**VEKA
DUNCAN**
@VekaDuncan

EL PODER DE LOS MUSEOS

Como cada año, en este mes instituciones culturales alrededor del mundo se están preparando para conmemorar el Día Internacional de los Museos, fecha que, desde 1977, se celebra el 18 de mayo. El tema en torno al cual se centra la conmemoración de este 2022 es *El poder de los museos*, entendido éste como la posibilidad de cambiar el mundo. “Los museos tienen el poder de transformar lo que nos rodea. Como lugares incomparables de descubrimiento, nos enseñan nuestro pasado y abren nuestras mentes a nuevas ideas, dos pasos esenciales para construir un futuro mejor,” se lee en la página del ICOM (Consejo Internacional de Museos). El concepto y su justificación son muy pertinentes, y es una frase que tiene la capacidad de resonar con fuerza entre el público, pero si no se aborda desde una postura crítica corre el riesgo de ser sólo eso: un eslogan para redes sociales, de poca consecuencia para atender las discusiones que como sociedades necesitamos tener de modo urgente.

Si se le ve desde una perspectiva histórica, el poder de los museos ha sido *el poder mismo*. Para explicarlo habría que enunciar una realidad innegable: el museo como institución se fundó y sostuvo sobre el sistema colonial. Su origen se encuentra en los gabinetes de curiosidades que, desde el siglo XVI, se popularizaron entre las élites europeas.

En el siglo XVIII cobraron mucha mayor importancia y, con el paso del tiempo, dejaron de ser simples vitrinas en residencias señoriales que unos cuantos compartieran; luego fueron donadas a espacios donde un público más amplio pudiera observarlas. Esto se debió, por un lado, al pensamiento ilustrado que fomentaba una mirada científica pero, por el otro, a un espíritu de aventura impulsado por la expansión colonialista. Por lo tanto, la figura del explorador que descubre maravillas tanto del pasado como naturales, y el coleccionista que reúne antigüedades y objetos que registran la historia humana y natural para exhibirlas, no pueden disociarse de la dominación territorial de los imperios europeos sobre otros pueblos. Es decir, a medida que se iban conquistando nuevas tierras, los aventureros llegaban a ellas a expoliar su patrimonio.

Tampoco podemos negar que muchas exploraciones en las que se hicieron hallazgos de piezas significativas de la antigüedad —o la compra de las mismas para integrarse a gabinetes y museos en ciernes— se financiaron con dinero esclavista, práctica que además iba de la mano no sólo de la explotación de personas, sino también de los recursos naturales. Es el caso del Museo Británico, uno de los recintos museales más emblemáticos del mundo: se formó gracias a la colección de sir Hans Sloane, reunida con el dinero de su esposa, Elizabeth Langley, hija del dueño de plantaciones de azúcar en Jamaica, en las cuales la fuerza de trabajo estaba conformada por esclavos afrodescendientes.

Para muchos, retomar estos antecedentes históricos podría parecer una discusión estéril. *Así eran las cosas entonces y no debemos juzgarlas con valores del presente*, argumentan. Desde luego que es importante siempre pensar históricamente y situar los fenómenos del pasado en su contexto, pero resulta innegable que la historia de los museos está ligada a la del colonialismo y, por lo tanto, de la esclavitud. Asimismo, muchas de las piezas que se exhiben son

producto del saqueo; el hecho de que lo llevaran a cabo con fines de estudio e investigación no debe justificarlo. Más aún, porque a partir de ese saqueo y su exhibición, se consolidó un discurso sobre el cual se sostuvo un sistema social y político fundamentado en el colonialismo y el racismo, del cual todavía hoy existen consecuencias palpables. También es cierto que durante mucho tiempo, los museos operaron bajo la narrativa de ser espacios civilizatorios que documentaban la barbarie de los Otros para justificar su dominación.

Podríamos decir que esta carga histórica sólo es un lastre para los museos europeos, pero no hay que olvidar que como institución se convirtió en un modelo exportable, observado desde fuera con aspiraciones de modernidad y que, por lo tanto, permeó en todo el mundo.

Pensemos en el caso de los museos mexicanos: la mayoría sigue replicando narrativas de identidad nacional arrastradas desde el México revolucionario y me atrevería a decir que incluso del independiente. No olvidemos que nacieron con el Museo Nacional Mexicano



Foto: Andrew Neel / unsplash.com

de 1825, recién consumada la Independencia y, por lo tanto, en un momento en el que se estaba construyendo un nuevo país, que iba a necesitar de sus propias narrativas históricas para definirse. Al ser espacios que han afianzado, todavía hoy, discursos nacionalistas —sobre todo aquellos que dependen del Estado—, también han jugado un papel en ocultar o abiertamente reprimir cualquier postura que rompa con éstos.

Consideremos, ahora, los ejes que el ICOM ha planteado para las reflexiones y acciones para el Día Internacional de los Museos de 2022: el poder de la innovación en la digitalización y la accesibilidad, el poder de la construcción de la comunidad a través de la educación, y el poder de lograr la sostenibilidad. Los dos últimos, sobre todo, no pueden ser posibles si los museos no hacen un esfuerzo más explícito y profundo por enfrentar su pasado, suscitando reflexiones autocríticas hacia adentro sobre su rol en la consolidación de estados-nación que perpetuaron injusticias sociales.

Únicamente así podrán convertirse en agentes de cambio social, como lo propone el ICOM. Pensemos tan sólo en el tema de sostenibilidad: este eje se plantea a partir de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, entre los que se encuentran la igualdad de género, la reducción de las desigualdades, el fin de la pobreza, la paz y la justicia. ¿Cómo van a impulsar estos objetivos museos cuyas colecciones carecen de una justa representación de mujeres por su origen patriarcal y que se formaron gracias a prácticas de explotación laboral? Esto, por mencionar dos puntos. La única manera es abordando ese pasado de frente y compartiéndolo con el público desde la franqueza. ■

“MUCHAS
EXPLORACIONES EN
LAS QUE SE HICIERON
HALLAZGOS
DE PIEZAS
SIGNIFICATIVAS SE
FINANCIARON CON
DINERO ESCLAVISTA”.

EL PASADO DOMINGO terminó la primera temporada de *Lakers: Tiempo de ganar* (*Winning Time: The Rise of the Lakers Dynasty*). La serie con la que HBO la ha vuelto a romper. Pero esta vez no fue con una historia sobre mafiosos, lo ha conseguido con una sobre deporte.

A fines de los años 70 la NBA era un desastre. Problemas de adicción entre los jugadores, problemas financieros, audiencias bajas. A nadie le interesaba la liga. Salieron de la crisis gracias a la llegada de dos novatos: Magic Johnson y Larry Bird, y la rivalidad que se suscitó entre sus respectivos equipos. Ése es el motor que echa a andar *Lakers: Tiempo de ganar*: una dramatización de su éxito, de la mano de su dueño, Dr. Buss. Que suscitó una polémica con el exgerente de esa era en el equipo: Jerry West, interpretado de manera magistral por Jason Clarke como un hombre flemático, furioso y explosivo. Lo que disgustó al ícono de la NBA y demandó a la cadena de televisión.

No era para menos, porque la historia de los Lakers es un cóctel de situaciones extremas: drogas, Hollywood, duelos de egos, asesinatos, cáncer. Además del animal mitológico más fascinante que la televisión nos haya legado en mucho tiempo: Dr. Gerald Buss. Interpretado de manera brutal por John C. Reilly, quien seguro ganará algún Emmy, retrata su excentricidad con una naturalidad deslumbrante. Desde la forma de vestir hasta las emociones por las que navega este emprobleado y ambicioso científico que decide comprar una franquicia de la NBA, endeudarse por millones de dólares y poner el equipo a nombre de su exesposa, con tal de que el banco no se la vaya a expropiar.

Si bien la serie pretende girar en torno a Magic Johnson, los Lakers y la rivalidad de éstos con los Celtics, el personaje más fascinante es Dr. Buss. Hijo de madre soltera, padre de Jeanie Buss, otro enorme personaje y en la vida real dueña mayoritaria de los Lakers. Dr. Buss es un novato también, como Magic, que en su primer año al frente de un equipo se gasta 80 millones. Hace lo imposible para que su equipo sea campeón. Pierde a un coach, Jerr West. Pierde a otro, quien era su mejor amigo y fue asesinado por dejar el basquetbol colegial e irse al profesional —y aquí se sugiere lo metida que estaba la mafia en el básquet colegial, entonces mucho más rentable que la NBA. Pierde otro más en un accidente, se cayó de la bicicleta. Y al final se lleva el trofeo con un coach asistente.



“A FINES DE LOS 70 LA
NBA ERA UN DESASTRE.
PROBLEMAS DE ADICCIÓN
Y FINANCIEROS...”.

PERO LA PÉRDIDA MÁS GRANDE para Dr. Buss es su madre, quien además ha sido la contadora del equipo. A quien adora con toda su alma y muere de cáncer antes de que los Lakers sean campeones. En el capítulo donde se entera vemos una de las escenas más chingonas de la televisión de los últimos años. Y no, no es el momento en que Dr. Buss le dice a la enfermera que cuida a su madre, quien también es madre soltera, que le pagará la universidad de su hijo, en un acto reflejo que siente porque él también fue un niño abandonado, momento de ternura infinita que es arruinado por Jeanie, quien piensa que su padre se la quiere tirar. Es la escena donde Dr. Buss lleva a la enfermera a su casa y cuando estaciona el coche afuera comienza a llorar porque su madre está condenada a morir, y para consolarse comienza a mamarle las tetas a la enfermera. En un gesto que tiene todo de edípico y de gandalla. Esa enorme escena permanecerá en el imaginario colectivo durante mucho tiempo. Ahí John C. Reilly se roba por completo la serie, que ya de por sí venía robando desde el principio, y su personaje alcanza una profundidad y una complejidad que no la tiene ningún otro. Ni Magic, ni Kareem, ni Bird.

Lakers: Tiempo de ganar es una dramatización. Y algunas cosas que ocurren en pantalla no sucedieron como tal. Para conocer la historia completa de los Lakers hay dos libros: *Cuando éramos los mejores* y *Showtime*, ambos publicados por la editorial Contra en español.

La primera temporada de *Lakers: Tiempo de ganar* termina en el capítulo 9, con la muerte de la madre de Dr. Buss. El décimo es la narración del partido que lo cambiaría todo: el campeonato de los Lakers en 1980. Sin ello el basquetbol moderno no sería lo que es hoy. Y la llegada de Jordan, quien luego volvería a revolucionar el básquet, habría sido más accidentada. Todos estos ingredientes arman la serie del momento. Y a John C. Reilly. 📺

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ

@Charfornication

LAKERS:
ES HORA
DEL SHOW

NADA MÁS SUBVERSIVO en estos días que una frase bien escrita. Por eso la corrección ortográfica en las redes cae como bomba y es de sociópatas. *Ez mi muro i kada kien ezcrive komo kiere*, afirman. De eso va *Tratado de hortografía*, de Patxi Irurzun, novela a golpe de Rock Radical Vasco (RRV) que se detiene para preguntar en retrospectiva: “¿Todo eso valió la pena?”.

Unos viejos punks, hartos de la vida y la mala redacción, se convierten en una guerrilla urbana de cazaerrores en anuncios y letreros para corregirlos, mientras planean el regreso de Los Tampones, el grupo que formaron en los ochenta. “¿Alguna vez has sentido que te traicionaste?”, se pregunta el protagonista al redactar publicidad hipotecaria. Ese sentimiento corroe los días del meteorito apagado del punk, convertido en “escritor de mierda” y padre viudo de dos adolescentes que sólo le causan ganas de llorar. Ahora es un bibliotecario lleno de achaques y fobias, escribe una columna cultural y publica sus novelas sin éxito. Su refugio son los libros y se da valor con dosis de rock. Sin embargo, conserva una chispa bukowskiana en el bolsillo, una canción: “Estamos contra las reglas”.

Patxi Irurzun es un escritor del País Vasco, la región autónoma española donde brotó el rock más canijo y la literatura contestataria en los años ochenta. Irurzun *no escupe titulares*, como el célebre Evaristo, de La Polla Records, en cambio, recoge las historias de su equis generación para convertirlas en novelas, cuentos y crónicas en *La tristeza de las tiendas de pelucas*,



Editorial Resonancia

“TRATADO DE HORTOGRAFÍA
APARECIÓ EN EDITORIAL
RESONANCIA, ORIENTADA
A LA LITERATURA MUSICAL”.

Los dueños del viento, Atrapados en el paraíso, Dios nunca reza y De igual a igual: 8 historias del comedor solidario Paris 365. Irurzun es un narrador ágil que, fiel a su extracto musical, va al grano con muy buen ritmo. El diario de un cincuentón y sus mellizos digitales es el pretexto para confrontar ambas épocas con humor ácido y emoción punzante. Léase con precaución, los dedos del autor te pueden cortar la fibra más sensible: la maternal.

Tratado de hortografía apareció en México bajo el sello de la editorial Resonancia, orientada a la literatura musical, que acaba de distribuir *La mejor banda del mundo*, de Anjel Landa y Juan C. Amezaga, sobre el grupo Eskorbuto. Hay un interés en el Rock Radical Vasco, la movida antisistema que aglutinó a grupos legendarios de punk, hardcore y heavy metal, como Kortatu, Barricada y Cicatriz. Aunque no todos eran nacionalistas, en los noventa el RRV se politizó con el sofisticado Negu Gorriak, un coctel molotov de ritmos combativos. “Para nosotros, que no creíamos en nada, el punk rock era una religión”, escribe Irurzun. Al final, aquella chispa bukowskiana inició un incendio. 📺

LA CANCIÓN #6

Por
ROGELIO GARZA

@rogeliogarzap

ORTOGRAFÍA
PUNK

FETICHES ORDINARIOS

Por
**LUIGI
AMARA**
@leptoerizo

NUEVO ELOGIO DE LA SOMBRA

Compañera inseparable, rebaba diurna de las tinieblas, charco de oscuridad que fascina a los niños, la sombra nos persigue y atemoriza desde el comienzo de los tiempos. Es nuestro doble y también la proyección negativa de las cosas; crece y se encoge como una mancha movediza, como un roce anticipado del ala de la noche, y aunque parezca que nunca deja huella ni marca física, impresiona a la imaginación.

ENTODAS LAS CULTURAS abundan ritos, leyendas y tabúes de la sombra, buena parte asociados al alma, o a una continuación *viva* de los cuerpos, equiparable a un órgano o a una excrecencia espectral. Si los niños necesitan comprobar que es imposible sepultar a la sombra, no importa cuánta tierra se le arroje, hay comunidades para las que un golpe asestado a esa silueta negra puede traer enfermedad. En China, sede milenaria del teatro de sombras, se considera de mal agüero que una sombra se deslice al interior de un ataúd abierto o de una fosa, de modo que los sepultureros se la atan ritualmente a la cintura. Roberto Casati, en su asombroso libro *El descubrimiento de la sombra*, compendia historias etnográficas acerca de su poder mágico. Mi favorita es la leyenda de la Polinesia sobre el fornido guerrero Tukaitawa, recogida en *La rama dorada* de James Frazer: cuando su adversario descubrió que la longitud de su sombra correspondía al incremento o disminución de su fuerza, sólo le bastó aguardar al mediodía para derrotarlo.

La literatura fantástica está poblada de sombras. Su perfil dual, con un pie en el mundo físico y otro en la oscuridad de la psique —al mismo tiempo un fenómeno óptico y un atisbo de las pesadillas— hace de las sombras una materia ideal para historias relacionadas con su robo o extravío, en las que no sólo puede enrollarse a manera de tapete, como en *Peter Pan*, sino que también puede venderse al Diablo, como en *La maravillosa historia de Peter Schlemihl* de Adelbert von Chamisso.

El mito de la caverna de Platón es uno de los más influyentes relativos a la sombra. En la teoría del conocimiento fundacional de Occidente, nos contentamos con una especie de espectáculo de sombras mientras damos la espalda al conocimiento verdadero, tomando por reales lo que no son más que proyecciones de un mundo pleno y radiante. Hay que notar, sin embargo, que la degradación a *meras sombras* de las cosas de este mundo relega a las sombras —entidades negativas y bidimensionales— a un lugar doblemente devaluado, lo cual quizás explique la escasa atención que les prestamos a nivel perceptivo, pese a la tenacidad de su presencia y a su alto contraste cromático.

A LAS SOMBRAS LES DEBEMOS LA NOCHE, los eclipses y las fases lunares; sin ellas, los objetos parecerían flotar en el aire y lucirían sin consistencia. En su *Historia natural*, Plinio postula que el origen de la pintura se remonta al acto de circunscribir “con líneas el contorno de la sombra de un hombre” (tesis aventurada que dio pie al libro fascinante de Victor I. Stoichita, *Breve historia de la sombra*); por su parte, Leonardo da Vinci demostró que son indispensables para el manejo de la perspectiva. Eratóstenes, tercer director de la Biblioteca de Alejandría, determinó la forma y la dimensión de la Tierra a partir de la medición de las sombras, y Galileo concluyó, gracias a las manchas observadas a través del telescopio, que Venus no brilla con luz propia y que la superficie de la Luna, lejos de ser lisa, está salpicada de montañas y cráteres.

Los ejemplos podrían multiplicarse. A pesar de la actitud de sospecha o desdén frente a las sombras, su papel no parece el de simples comparsas; y si bien requerimos de un esfuerzo consciente para advertirlas



Teatro de sombras en la China contemporánea.

(como si el mito de la caverna estuviera tatuado en nuestra mente y condicionara la visión), no es difícil apreciar su valor también para la vida diaria, pues dan cabida a los matices y a los claroscuros y brindan refugio ante la inclemencia del sol.

En su *Elogio de la sombra*, Junichiro Tanizaki sostiene que la arquitectura gira alrededor del problema de la luz y la sombra. Levantamos aleros y extendemos toldos, corremos persianas y sembramos alamedas para protegernos del sol (*komorebi* designa, en japonés, los rayos que se filtran a través de las hojas de los árboles). La vida se desenvuelve en gran medida en la suavidad terrosa de la penumbra, al amparo de una sombra difusa y bienhechora. Al igual que ciertas plantas, somos animales de interior, y la luz que nos nutre y despierta llega atenuada por obstáculos, como el de las mamparas volátiles de las nubes.

SI LA SOMBRA ES UN REMANSO y una promesa de hogar, la paradoja es que nadie puede guarecerse en su propia sombra. Los artilugios revolucionarios de la sombrilla y el sombrero nos aportan eclipses portátiles, pero son a menudo insuficientes, y en la franja comprendida entre los Trópicos de Cáncer y Capricornio es preciso buscar islas de sombra, idealmente bajo un árbol frondoso —pero la deforestación nos está dejando sin sombras—, o bien suscitarlas con los medios a nuestra disposición, y no deja de sorprender la inventiva de los habitantes de la llanura o el desierto para montar oasis umbrosos a partir de elementos rudimentarios.

Recuerdo un relato de Massimo Bontempelli sobre un paseante empeñado en trazar un mapa de sombras que permitiría recorrer Roma bajo el sol insufrible de agosto. Más que un mapa, lo que debe crear es un itinerario de sombras, vinculado a la hora del día y a la inclinación del sol, y su plan es legarlo a la humanidad o, para ser más precisos, a los turistas, pues ningún romano permanece en la Ciudad Eterna durante ese mes imposible.

Ponerse del lado de la sombra no está exento de problemas. La planta baja de los edificios suele ser lúgubre y helada, de allí que haya reglamentos antisombra que condicionen el desarrollo inmobiliario. La sombra ha decidido el perfil de muchas ciudades. En Nueva York, a comienzos del siglo XX, los primeros rascacielos despertaron más espanto que maravilla, pues a pie de calle se creaban corredores tenebrosos semejantes a los del Gran Cañón. A fin de contrarrestar la desigualdad lumínica, el reglamento exigió construcciones que se estrecharan en las alturas y terminarían en una pirámide escalonada. Como anota Casati, en los años cuarenta el *skyline* de Manhattan tenía un extraño aire de ciudad prehispánica. Más tarde el dinero se impuso y la urbe volvió a sumirse en una espesa sombra, que contrasta con su estridente iluminación nocturna.

Los excesos edilicios pueden hacer de la sombra un inconveniente grave, pero en latitudes más tropicales no deja de ser una aliada inestimable, a la cual celebramos cada vez que nos despedimos cariñosamente diciendo: “Te vas por la sombrita”. ☑

“LES DEBEMOS
LA NOCHE,
LOS ECLIPSES Y LAS
FASES LUNARES;
SIN ELLAS,
LOS OBJETOS
PARECERÍAN FLOTAR
Y LUCIRÍAN
SIN CONSISTENCIA”.